

PAGINA EDITORIAL

Nuestro Pueblo y los "Consagrados"

Por Joel SOTO ANAYA

El mejor indicio de que una persona, hombre o mujer, ha escalado —en nuestro medio— la cumbre de la notoriedad, lo hallamos en su alejamiento del pueblo, del cual se separa moral y prácticamente, juzgándola tal vez como una masa indigna de alternar con las "celebridades".

Raro, en verdad, es el actor de primera línea, el poeta laureado, el intelectual de fuste, la estrella de cine, el compositor de renombre, el deportista brillante, que, abatiendo su egolatría, se acerque a las multitudes y conviva con ellas en plan humano y fraternal. Casi todos los "consagrados" integran su mundo aparte, formando penas y clubes, academias y cofradías, sintiéndose gentes de excepción, selectas, superiores, sin comprender que esa evasión social los condena a un decaimiento irremisible, que se registra más tarde o más temprano, pero que nunca deja de acontecer, pues, digámoslo nuevamente, el pueblo es la raíz, la fuente, el origen, y al mismo tiempo el fin, de toda manifestación artística y cultural.

Observen los lectores como va por ahí la inmensa mayoría de las mujeres y los hombres famosos: distraídos, con enormes lentes oscuros, sin tiempo para saludar a nadie, procurando no ser descubiertos por el público grueso, aunque ansiando por dentro que alguien los identifique y los alabe, pues el encomio y la lisonja son los manjares que mejor calman el hambre anímica de los enfermos de vanidad y de soberbia.

Tampoco participan los "consagrados", a menos que se les ofrezca un lugar de honor, en los actos públicos destinados a la recordación de los héroes y caudillos que cincelaron, con su esfuerzo y con su sangre, la figura de la patria. Abundan, en festejos así, los niños de las escuelas, las asociaciones cívicas, los cadetes y miembros del Ejército Nacional, los representantes proletarios, y desde luego, las gentes del pueblo; pero es notoria la ausencia de los mexicanos famosos. Ellos, salvo honrosas excepciones, no se asolean, no desfilan, no cantan al aire libre, no alternan con la gran familia nacional. Ellos tienen, repetimos, su mundo aparte.

Más no seguirá siendo así por mucho tiempo. Los cambios sociales se operan con demasiada rapidez en nuestro ambiente, y ello obliga a todos, incluso a las "celebridades", a adoptar una conducta acorde con la realidad

(continúa en la pág. 4)

Palingenesis de la Reforma Agraria

Si se consideran con detenimiento todos y cada uno de los actos que realiza el Presidente López Mateos, tanto en esta capital —sede del Poder Ejecutivo— como en las diversas localidades de la República visitadas por él en sus frecuentes e intensas giras de trabajo, se advertirán dos características principales, la estricta oportunidad dentro de las realidades del presente en que vivimos, y la unidad de acción que obedece a un solo y bien definido programa de gobierno inspirado en los mandatos de nuestra Constitución Política y —casi es por demás decirlo— en las dinámicas doctrinas de la Revolución Mexicana.

Ha de observarse también como el estricto cumplimiento de la Reforma Agraria es objeto principal de las giras presidenciales, con pleno reconocimiento de que el problema número uno de México es el de la clase campesina, carne y espíritu de la Revolución desde sus principios, base de nuestra estructura económica y oriento de nuestras luchas históricas por la justicia social. Es ya apodictica la afirmación de que mientras no se satisfagan por completo las necesidades económicas y sociales de la clase campesina, hasta que no quede ni un solo hombre ni una sola familia sustraídos a los males de la miseria, la ignorancia y la enfermedad, no podrá considerarse concluida la obra redentora y justiciera de la Revolución Mexicana, cuya esencia agrarista es el origen de sus otras finalidades.

Los actos agrarios realizados el pasado miércoles en Jalisco por el Presidente López Mateos, hablan con suprema elocuencia de la firme determinación con que el actual Primer Mandatario se enfrenta al problema de la tierra como factor de la producción y como instrumento de justicia social, sin otras consideraciones que no sean las del beneficio a los campesinos y el cumplimiento a los preceptos constitucionales, sin complacencias ni componendas al margen de la ley.

Solo así ha sido posible atacar los últimos bastiones en que se había refugiado mañosamente el latifundismo, cincuenta años después de iniciarse la Revolución que tuvo y tiene como una de sus principales banderas la lucha contra la injusta distribución de la propiedad territorial.

A la ominosa lista de los latifundios que lleva expropiados el gobierno del Presidente López Mateos en diversas regiones del país, se agregan ahora los nombres de los grandes predios Alcihuatl y la Concepción, detentados por un exgobernador del Estado de Jalisco y del Territorio de Quintana Roo ambos con superficie de 50 mil hectáreas hasta hoy intocables al amparo de concesiones de inafectabilidad ganadera que no sólo no se cumplían, porque no se encontraba en tan vastas extensiones ni una sola cabeza de ganado, sino que también se desvirtuaban con ventas de terrenos y otras violaciones al Código Agrario, en perjuicio de los verdaderos ganaderos y auténticos agricultores.

La caducidad de aquellas concesiones decretada

(continúa en la pág. 4)

La Etapa Maderista

Por Gabriel FERRER MENDIOLEA

La vida de don Francisco I. Madero es casi desconocida hasta antes de la fundación del "Centro Antirreeleccionista de México", para los profesionales y aficionados a los temas históricos, y por ende, a los que no sienten curiosidad por estas materias, ni que decir de la inmensa mayoría de nuestro pueblo.

No llegan a diez los libros en que se trate de la primera parte biográfica del Apóstol de la Libertad, incluyendo uno de un mercenario extranjero. De aquí la grande utilidad que encierra la publicación de La etapa maderista de la Revolución, auspiciada por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, cuyo autor nos da a conocer aspectos ignorados de su vida en París, que con él compartió don Juan Sánchez Azcona, y de otros muchos otros de interés general para la historia de la Revolución.

El periodista nato Sánchez Azcona nos relata que, además de sus fructuosos estudios, era el joven Madero sociable, alegre, acometedor y generoso, y nunca desdeñaba participar en sus habituales paseos y diversiones en aquel París que desplegaba sus tradiciones de centro del placer occidental. Afirma que era muy aficionado al balle, al balle honesto, que según alguien ha escrito es el placer característico de las almas buenas, como la de Madero.

Trae estos datos a colación, porque muchos lo han considerado exclusivamente ya sea como un campirano desconocedor de la vida social o como un ranchero austero, por ignorar los placeres y las tentaciones del mundo; pero no hay tal: conoció del mundo todo lo que puede conocer un muchacho rico y viviendo en la ciudad más estruendosa y tentadora de la Tierra, y alternando con lo más caracterizado de los sectores ruidosos y de la alta sociedad formulista y aristocrática.

Afirma su amigo íntimo Sánchez Azcona, que su austeridad ulterior fue fruto de su comprensión y de su raciocinio, de su reflexión al conocer de primera mano las aflictivas condiciones en que han vivido nuestras humildes clases sociales, el proletariado de los talleres y de los surcos. Por ello dió un trato humano a sus trabajadores y por eso otros le censuraban alegando que Madero "malacostumbraba" a los peones.

También sus trabajos políticos (comenzados en Cosahuila desde 1905), no eran del agrado de ninguno de sus familiares, los cuales

(continúa en la pág. 4)